

CULTURA, CIVILIZACION Y JUVENTUD

Por FERNANDO DEL PINO Y DEL PINO

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Por si choca a alguien el titulo que encabeza estos párrafos, aquí lo justifico: la cultura y la civilización son, a mi parecer, los últimos términos en la dramática pugna de nuestro tiempo (inadvertidos por muchos que no se paran a considerar su meollo); y la juventud; los hombres a quienes ha de corresponder la resolución de aquélla. Tras esta escueta justificación, y para lo que me propongo, se hacen precisas algunas —menos sucintas— explicaciones.

El concepto "cultura" ha sido muy debatido; al menos, que yo recuerde, desde la reunión tenida en Madrid, en mayo de 1933, por el Comité permanente de Letras y Artes de la fenecida Sociedad de Naciones. Hacía, entonces, pocos años que había caído sobre el mundo lector la famosa obra de O. Spengler, *La Decadencia de Occidente*, que tan tremenda impresión produjo. Hasta aquellas fechas, los vocablos "cultura" y "civilización" habían sido empleados, si no indistintamente, con una leve y nada clara diferenciación; siendo, según pienso, debido el confuso matiz que apenas los separaba, al empleo, en ambientes germánicos, de la voz "kultur" para designar a cada una de las civilizaciones antiguas, desaparecidas hace muchos siglos, la existencia de las cuales iba siendo revelada por las afortunadas excavaciones que, desde fines del XIX, los arqueólogos venían practicando en diversos lugares, sobre todo en el Próximo Oriente.

Pero Spengler había escrito: "Porque cada cultura tiene su civilización *propia*. Por primera vez tómanse aquí estas dos palabras — que hasta ahora designaban una vaga distinción ética de índole personal — en un sentido periódico, como expresiones de una *orgánica sucesión* estricta y necesaria. La civilización es el inevitable *sino* de toda cultura. Hemos subido a la cima desde donde se hacen solubles los últimos y más difíciles problemas de la morfología histórica. Civilización es el *extremo* y más *artificial* estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora como lo ya creado, lo ya hecho, a la vida como la muerte, a la evolución como el anquilosamiento, al campo y a la infancia de las almas — que se manifiesta, por ejemplo, en el dórico y el gótico — como la decrepitud espiritual y la urbe mundial, petrificada y petrificante. Es un *final* irrevocable, al que se llega siempre de nuevo con íntima necesidad."

En la subsiguiente exposición aclaratoria de su tesis, emplea Spengler frases como ésta: "Los griegos tienen alma; los romanos, intelecto. Así se diferencian la cultura y la civilización"; o como esta otra: "La civilización *pura*, como proceso histórico, consiste en una general *disolución* de formas ya muertas, de formas que se han tornado inorgánicas."

Así, pues, y aunque pueda considerarse a Frobenius como el precursor en esa vía, fue Spengler quien de un modo sistemático — y como base para la teoría fatalista por él sustentada — desarrolló el principio de la pluralidad de culturas. Cada cultura (admitida su pluralidad), en virtud de una hipotética ley fatalista, degenera en civilización; y esa es su muerte, a plazo más o menos largo.

Más, a todo esto, ¿qué entendía el gran pensador por cultura? Veámoslo: "Una cultura nace cuando un alma grande despierta de un estado primario y se desprende del eterno intantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo ilimitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere cuando esa alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva. [.....] Cuando el término ha sido alcanzado, cuando la idea, la muchedumbre de las posibilidades interiores se ha cumplido y realizado exteriormente, entonces, de pronto, la cultura se *anquilosa* y muere; su sangre se cuaja, sus fuerzas se agotan; se transforma en *civilización*."

No cabe duda sobre el magnífico estilo literario de los varios párrafos transcritos de la obra spengleriana (tomados de la estupenda traducción hecha por el inolvidable D. Manuel García Morente). En cuanto a su contenido, ya es otra cosa; y el mismo Spengler rectificó más tarde, en *Años decisivos*, parte de sus ideas. Pero el fallo fundamental de la imponente construcción histórico-filosófica levantada por este pensador alemán se halla, a mi juicio, en su cimiento, en la supuesta pluralidad de la cultura, sobre la que todo lo demás se asienta, y que proviene de su erróneo concepto de ella.

La voz "cultura"; desde antiguo — y así se encuentra en algunos clásicos latinos —, se empleó en sentido figurado (aparte el directo de cultivo) en expresiones como "cultura animi", significando ennoblecimiento moral; y en ciertos escritos medievales figura la frase "cultura Christi", reveladora del ideal cristiano. En todo caso, nunca, hasta hace cien años, tuvo la menor relación con temas referentes a las actividades civilizadoras humanas. Y, desde luego, siempre aparece en singular.

Este auténtico sentido de lo que se debe entender por cultura — cultivo del espíritu — abarca todo lo que contribuya al mejoramiento interno del hombre, a perfeccionar su conciencia moral, a elevar su nivel ético en los juicios de valor ante los que ha de encontrarse en la vida; y ha de llegar a ser tan consustancial con su personalidad que obre por modo automático, es decir, sin necesidad de reflexión, sino por impulso espontáneo, ante cualquier contingencia. La cultura ha de guiar al hombre en todas las ocasiones, señalándole la buena dirección que ha de seguir, por una decisión intuitiva del alma nacida de ese sano foco cultural que alberga. El hombre culto practica el bien sin esfuerzo, naturalmente, porque le sale de dentro.

Se comprende, así, que la cultura no tiene nada que ver con el grado de ins-

trucción de cada individuo. Lo que traigo a cuento, porque éste es otro desenfoco muy corriente del concepto que nos ocupa, ya que se llama culto a cualquier hombre instruido, que, por otra parte, puede ser un monstruo desde el punto de vista moral. Incluso de un simple erudito en determinada materia (y cuánta erudición inútil hay) se dice que es muy culto. Y recuerdo que, en aquella reunión internacional a que antes aludí, el extraordinario D. Miguel Unamuno dejó boquiabiertos a sus oyentes hablando de "la cultura de los analfabetos". ¡Claro!, como que la cultura no exige conocimientos de ninguna clase; pero se ha tergiversado tanto la cosa ...

El mismo Spengler califica de *intuitiva* la moral del hombre culto, por ser "hondamente *poseída*", según sus palabras. Pues ¿qué representa ese concepto sino la esencia de la misma cultura, tal como acabo de describirla? ¿Qué significa esa idea de una inspiración normativa, inherente al espíritu del hombre culto, sino el propio sentido clásico de "cultura" que antes he puesto de relieve? Esa es la manera cómo la cultura debe presidir todas las manifestaciones de la vida humana, honda, instintiva, intuitivamente. Pero hay más. La cultura que, así, conduce al hombre a lo largo de su existencia, que le hace apartarse de todo aquello —tendencia, volición, actitud— incompatible con el bien, que guía en cualesquiera circunstancias sus determinaciones, que le marca en cada caso el rumbo seguro que debe tomar, es la revelación de algo a que el hombre está llamado, es el anuncio de un destino superior, es el *afforamiento del profundo sentido religioso de la vida*.

Y con esto queda cerrado el sistema cultura-moral-religión, en el que los tres elementos se hallan tan íntimamente enlazados entre sí que al pretender segregarse uno de ellos se rompe la armonía del conjunto. Cultura sin religión es pedantería; religión sin cultura es superstición; moral sin religión es austeridad seca; religión sin moral es práctica rutinaria. Ese compuesto triple es uno en esencia, como las Divinas Personas en el misterio de la Trinidad.

Un atisbo de esa unidad esencial lo tuvo el mismo Unamuno cuando escribía: "...Acaso nuestra más honda labor de cultura, y lo que vale más que de cultura, de religiosidad —si es que no son lo mismo— es tratar de darnos clara cuenta..." (*Del sentimiento trágico de la vida*). El inciso es de un valor incalculable, sobre todo dicho hace más de cincuenta años. Hoy, el campo cultural está más trabajado, y un resurgimiento espiritualista se anuncia incipiente; pero es absolutamente necesario aprender a distinguir *la cultura* de *una civilización*, aunque ésta sea, como la nuestra —heredera de Grecia y Roma a través del Cristianismo— la que mayor impulso imprimió al avance de aquélla. La cultura existía, sin embargo, antes de que el milagro mediterráneo floreciese; tenía ya una larga historia y había hecho un gran recorrido cuando aparecieron en el "mare nostrum" los primeros fulgores de la sin par luminosidad que había de alumbrar la mente de los hombres futuros; vivía con vida propia desde que el primer ser humano alentó sobre la Tierra, en espera de la espléndida ayuda que la civilización clásica había de prestarle para proseguir su ruta hacia el Infinito. Y fue San Agustín quien afirmó: "La religión cristiana es de nuestros tiempos en cuanto al nombre, pero no en cuanto a la cosa así llamada. Porque esa misma cosa que ahora se llama religión cristiana existía entre los antiguos, sin que faltase desde el principio del género humano hasta la venida de Cristo; de quien la verdadera religión, que ya existía, empezó a ser llamada cristiana". (*Retractationes*, 1, 12, número 3).

Pues bien; esa *religiosidad* unamuniana, aquella cosa que, según San Agustín, ya existía cuando Cristo nació, se identifican con la cultura en lo que ésta tiene de aspiración a un estado superior y de sublimación de la persona humana en un anhelo de salud eterna. Tal es la esencia misma de la cultura: *La preparación de los hombres para el fin que están llamados a alcanzar*. Y, claro es, ofrece una singularidad inequívoca.

La cultura, por tanto, es de trayectoria única, aunque, por desgracia nuestra, no ascendente de modo continuo; tiene las dimensiones de una aceleración, y, como ella, puede ser afectada de los dos signos contrarios.

* * *

En contraste con esta unicidad de la cultura, las civilizaciones, a lo largo de la Historia, sí han sido varias. ¿Cuántas? Spengler reconoce menos de diez. Toynbee distingue más de veinte. Ello depende del criterio de cada autor y de las subdivisiones que introduzca en los diversos "campos inteligibles de estudio histórico", como las llama el último citado. Por cierto que "civilización" es palabra moderna; ya que empezó a ser usada por los filósofos del Ochocientos, como consecuencia de un nuevo modo de mirar la vida; y no aparece en los diccionarios hasta hace siglo y medio o cosa así.

Civilización ("término ambiguo y falaz si los hay", al decir de Américo Castro) por su misma etimología tiene un significado formal de proyección exterior del espíritu humano; desde su sentido más noble, que atañe al conocimiento (instrucción) hasta la merá relación de convivencia entre las personas (urbanidad). En todo caso, suele expresar la habilidad de los hombres para mejorar su existencia, y muy especialmente alude a su dominio sobre la Naturaleza y a la utilización de medios materiales. "Se llama civilización" —escribía el buenísimo D. Luis Araujo Costa— "todo lo que se refiere a la ciudad, y ciudad en lo último de su esencia, es el triunfo de la razón y del entendimiento, ya sobre la naturaleza, ya sobre los instintos que nos dominan a veces, ya sobre las circunstancias naturales de todo lo que no va sujeto al ratiocinio y a la lógica". (*La civilización en peligro*.)

La civilización actual se extiende, aunque con intensidad variable, por todo el globo terrestre. Cierto es que en algunas regiones se halla nada más que superpuesta a los restos de otras civilizaciones; pero, a los efectos de su vigencia, podemos considerarla como única y mundial. Su cuna, no obstante ello, es mucho más reducida; es occidental, es europea, es latino-germánica, es *cristiana*; pues bien, la civilización cristiana, nuestra civilización, se halla en riesgo de destrucción definitiva, y no ya en el ancho mundo, sino en su propio país natal, en Europa misma.

El peligro fue expuesto de modo magistral por D. Eugenio d'Ors en el siguiente párrafo, del que no quisiera ver alterado ni una coma: "Pero el beneficio de la civilización ni el hombre ni un pueblo lo reciben para siempre. Es menester que se merezca, que se gane también cada día. Una distracción, un devaneo, y ya está de nuevo la barbarie ahí. Un poco más de pereza, un poco más de renuncia, y ya, detrás de la barbarie, entra a grandes zancadas el salvajismo. Pronto, las luces se apagan y el salvajismo se sume en la más cruda animalidad. Se empieza renunciando al latín en la didascalía burguesa o en la liturgia popular; y, al día siguiente de haber perdido un pueblo el latín, he aquí que su vernáculo pierde el modo subjuntivo. Se abandona hoy la estrofa regular en la versificación; mañana, la racional claridad huirá del discurso. Y no es posible prescindir de ceremonia en los saludos sin estar

en vísperas de prescindir de buena fe en los contratos". (Del artículo "Lo nefando", perteneciente al *Glosario* que, hace un tercio de siglo, publicaba el Sr. d'Ors en el diario *El Debate*).

Una característica, bien manifiesta, del peligro que a nuestra civilización amenaza es el menosprecio de la personalidad de cada hombre y la preponderancia, en una u otra forma, del Estado. La desaparición virtual, la *ignorancia* de las personalidades humanas en la inmensidad numérica de las organizaciones estatales, es un fenómeno con marcado tinte de orientalismo. La introducción de tal concepto en el pensamiento del mundo occidental acaso pueda achacarse a Kant, pero sin duda alguna a Schopenhauer, quien se hizo apóstol del budismo en Europa, manifestando en *El mundo como voluntad* que "la sabiduría india" había de tener definitivo influjo entre nosotros. Este orden de ideas fue continuado por la filosofía de Keyserling, con su concepción del alma como "un conglomerado de tendencias divergentes", y en las disquisiciones psicopatológicas de Freud.

Se hace preciso — de precisión urgente y angustiosa — el restaurar el sentido de *persona*, poner en pie al hombre concreto, "yo, tú, lector mío ...", no "el bípido implume de la leyenda, el *zoom politikon* de Aristóteles, el *homo oeconomicus* de los manchesterianos, el *homo sapiens* de Linneo, o, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí o de allí, ni de esta época o de la otra, que no tiene sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre", como escribió Unamuno con certera visión. Porque si hay algo capaz de detener el proceso disociador, ya iniciado de nuestra civilización (y del que ese desleimiento de las personas en la masa humana es un paso más), será el esfuerzo de cada uno unido al de los otros; es decir, el conjunto de los esfuerzos, no el esfuerzo del conjunto. Va en esto — por si parece confuso — la misma diferencia que entre una suma, en que cada sumando, por muchos y pequeños que ellos sean, posee su valor definido, y una integral, cuyos innúmeros componentes no tienen significación individual propia.

El desconocimiento de la personalidad humana, error funestísimo de la época actual, tiene una clara etiología; obedece, en el terreno individual, al mismo proceso que la descomposición social, aunque no sea tan fácil advertirlo. Desde el momento en que los hombres desviaron su atención de lo metafísico perdieron la noción del predominio que en el complejo de cada persona debe ejercer el alma sobre el elemento corporal; de esa subordinación de la materia al espíritu, condición indispensable para la normal evolución del ser humano. Y así se produjo el rebajamiento de la dignidad del individuo a los ojos de la colectividad; así perdió su grandeza el concepto de hombre, la magna creación divina, ya que nada hay superior al alma humana más que Dios. Antes que de la prosperidad de los pueblos; de la existencia de las naciones, del porvenir del mundo, hemos de ocuparnos en recuperar la altísima significación que lo que expresamos al decir "un hombre" no debió nunca perder.

Esa significación fue, a lo largo de siglos, firme báculo sobre el que la humanidad se apoyaba en su marcha. "La mayor parte de nuestros contemporáneos se asombraría si les dijese que el más miserable aldeano de la Edad Media tenía un sentido del hombre más elevado que el de nuestra civilización entera". (Daniel Rops, *Le monde sans âme*). Tal concepto apreciativo de la dignidad humana ha sido especialmente característico del pueblo español — lo que prueba, de paso,

la honda raigambre cristiana de su formación espiritual — y ha hecho decir a algunos extranjeros que en nuestro país hasta los mendigos parecían hidalgos. Mas también esto va desapareciendo, por desgracia.

Pero si el hombre pierde la conciencia de su destino superior, si se acostumbra a mirar la vida como un fin en sí misma, si reduce voluntariamente su propia importancia, al encontrarse, así, decaído de su grandeza original, no es chocante el que coloque por encima de sí a un ente de razón como el Estado, e incluso a una entelequia como la Humanidad (con *h* mayúscula). Consecuencia es esto del “humanismo” que quiso exaltar al hombre, prescindiendo de su Creador; y al sobreestimar el concepto abstracto de *hombre* (lo que en otra parte he llamado “hombre-maqueta”) rebajó, desatendiéndoles, a todos los hombres, a cada hombre, que si no fuera por el espíritu que un soplo divino le infundió, quedaría reducido a la categoría de un animal vertebrado y mamífero dotado de escasas facultades físicas.

El hombre de nuestros días es fanático de la acción, olvidando que “en el principio era el Verbo”, interpretado no en un sentido disminuido como la palabra, sino como la inteligencia, la sabiduría, el pensamiento; y el Verbo que era en el principio, será en el final el vencedor, cuando no quede ni rastro de la acción. “Así, nuestro mundo, en el que toda actividad es pasajera, en el que todo nacimiento va seguido de muerte, no puede tener su razón de ser más que en la vida del pensamiento, que trasciende el tiempo y sola es capaz de enlazar nuestra duración y nuestra pobre miseria con las razones eternas que abrirán nuestros ojos a la luz. La misión principal de la inteligencia es dar al hombre esta vida bienaventurada. *Toda nuestra grandeza consiste, pues, en el pensamiento.*” (A. Maydiou, O. P., “Primum vivere, deinde...” *La Vie Intellectuelle*, 25-XI-1933.)

Pero los hombres no piensan... en esto. Ya Pascal, en su tiempo, opinaba que la mayor parte de los males del mundo obedecían a que muy pocos hombres eran capaces en estarse quietos un buen rato pensando. ¿Qué no diría hoy? Ortega y Gasset, creía que la mayoría de los hombres tienen una capacidad intelectual muy superior al uso que hace de ella; y que, en general, el intelecto está arrumbado y enmohecido en un rincón de la persona. Tratemos, por tanto, de emplear nuestra potencia intelectual como es debido, y tal vez consigamos que el horizonte se aclare.

Si como se ha dicho (Clive Bell, *Civilization*) los dos firmes pilares sobre los que toda civilización ha de sustentarse, a riesgo, si no lo hace, de perder su estabilidad, son: *el sentido de los valores* y *el predominio de la razón*, por desgracia hace bastante tiempo que ambas condiciones dejaron de presidir el desenvolvimiento de las actividades humanas. Nada, en efecto, más contrario al sentido de los valores que la confusión de ideas reinante hoy en la mayor parte de las inteligencias, que han perdido de vista cual sea el destino del hombre, que no aciertan a distinguir los fines de los medios, y que aun en la obligada ordenación de éstos han introducido tal desbarajuste, que son reputados como primordiales los que, en rigor, ocupan los últimos lugares en la escala de su importancia relativa; esa falta, en suma, del concepto de proporción que tanto choca a quienes observan la vida procurando conservar un criterio de sana objetividad. En cuanto al predominio de la razón (la razón como instrumento para la discriminación de los hechos, no la “diosa”; la razón *razonable*, en una palabra) mucho ha que fue sustituido por el de la voluntad, bajo su forma ambiciosa; voluntad de conseguir posición, bienes,

ventajas materiales, a toda costa, sin detenerse a *razonar* si ello es conveniente o si los procedimientos empleados para lograrlo son lícitos. Así, tomada la humanidad en su conjunto, no hace falta esforzarse para comprender que faltan ahora en el mundo los dos requisitos básicos para que la civilización se conserve. ¿Podrá contrarrestar su general carencia el contado número de hombres que todavía permanecen fiel a esos postulados esenciales? Es cosa de dudarlo.

Otro gran peligro para la humanidad hoy día es — al revés del mito de Saturno devorando a sus hijos — el ser víctima de su propia obra. Esta civilización, de que tanto nos enorgullecemos, hija nuestra, puede volverse, ¡está volviéndose ya!, contra nosotros. Los asombrosos inventos de la técnica empleados en guerras inhumanas y en odiosos atentados a personas y cosas; los múltiples y rápidos medios de comunicación y transporte utilizados por los malhechores de toda laya para planear y ejecutar sus fechorías y eludir, después de cometidas, el castigo de la sociedad; la interdependencia de las naciones, debida a la expansión comercial, que produce las terribles crisis generales en que todos los pueblos sufren; la complejidad y el enorme volumen de la organización económica y financiera, cuyos fenómenos parecen rebasar a las mayores capacidades inteligentes en esa especialidad, ¿no serán pruebas de que llevamos un rumbo equivocado?

Decía Stoddard que una civilización sigue su marcha triunfal, en tanto el pueblo que la ha producido tiene capacidad para aumentarla y aptitud para conducir la carga creciente que aquélla representa; cuando esas facultades llegan a un límite, la civilización de ese pueblo se detiene o retrocede. ¿Habremos llegado ya al punto de no poder con la carga?

Saliendo al paso de esta amenaza, los hombres se esfuerzan en perfeccionar la organización de su vida colectiva; esa organización indispensable para que reine el orden, sin el cual no hay civilización posible. (La prueba está en cómo se va acentuando la rectoría, más o menos intensa, de los poderes públicos en lo social, lo económico, etc.). Porque hay que no perder de vista el que la civilización es un producto artificial, creado por los hombres, y ha de ser sostenido por ellos a costa de muchos esfuerzos; pues, al mismo tiempo que un beneficio es un gran peso. Parece que muchos de nuestros contemporáneos han olvidado esto, o lo ignoran. Habitados a disfrutar a diario las ventajas de una vida civilizada, dan por supuesto que las cosas han de ser así, y no se les ocurre siquiera pensar que les alcanza cierta obligación de contribuir al mantenimiento del estado social en que con tal despreocupación se mueven. Haciendo de su persona el centro del universo, admiten implícitamente que todo aquello les es debido, ya que pagan con exactitud los impuestos y desgranán unas horas al día en un despacho, una fábrica o un comercio (aunque muchos no hagan ni una cosa ni otra). Pero eso no basta. Acaso sea suficiente para que no se interrumpa el suministro de agua, el servicio de autobuses y el abastecimiento de los mercados. La civilización, sin embargo de ello, es mucho más que eso.

Un concepto materialista de la vida, espuma del positivismo, ha podido tergiversar hasta tal punto la idea fundamental de una sociedad civilizada. Mucho temo el que ésta haya de aprender, a su propia costa, que se puede ser salvaje disponiendo de muchos kilovatios producidos en magníficas centrales de energía termo-nuclear.

* * *

Y llegamos a lo que quería exponer ante la juventud actual, sobre la pugna a que al principio aludí. ¿Cómo está planteada ésta? Para expresarlo, fuerza me es el resumir una tesis que en otros escritos he desarrollado.

Varias son las explicaciones intentadas del repetido fenómeno de la muerte de una civilización; ninguna convincente, a mi modo de ver. Stoddard, Bell, Spengler, Toynbee, Unamuno, Ortega, Huizinga, Jaspers y otros han tratado el magno problema más o menos extensa y profundamente. ¿Qué otra cosa cabe pensar? Si se acepta el concepto de cultura atrás definido y su decisiva importancia en la vida de los hombres, avancemos, considerando la finalidad que toda civilización debe proponerse; y que, a mi juicio, ha de ser primordialmente el fomento de la cultura, dado que ella es lo esencial en relación con nuestra presencia en el mundo. Veo la cultura como una curva abierta, a la que quedarían tangentes en diversos puntos las órbitas de las diferentes civilizaciones, cada una de las cuales aporta su contribución a la obra general de la cultura. El sentido y la cuantía de ese aporte miden la calidad de una civilización.

Spengler señaló que el declinar de todas las civilizaciones coincidía con una descomposición del orden establecido, con un desbarajuste en todos los aspectos del cuerpo social, con una serie de manifestaciones brillantes — el canto del cisne — del grupo racial estudiado, y dedujo que la aparición de esos fenómenos era característica común de sus postrimerías, consecuencia del agotamiento de la potencia civilizadora considerada, que así se deshacía en una especie de exhibición de fuegos artificiales.

Existe, sin duda, tal coincidencia, como la observación prueba; *pero el sentido de la causalidad es el contrario*. Cuando se producen esos hechos observados (desde el aflojamiento de los resortes morales, pasando por la relajación de las costumbres y el confucionismo de las ideas, hasta los grandes espectáculos de masas) es que los hombres se han apartado de su obligación esencial; es que la tensión de su esfuerzo cultural no sólo ha bajado o se ha anulado, sino, incluso, ha invertido su signo. Y, entonces, esa civilización ya no cumple su finalidad; ha traicionado su misión; ya no sirve; ha perdido su razón de ser. Se impone, pues, su desaparición; no en virtud de ningún "sino", no por obra de "la fatalidad", sino simplemente porque ello está dentro del orden de la economía divina respecto de la historia del mundo. ¿No parece esto bastante claro, *si tomamos en cuenta las causas sobrenaturales*? La explicación es de lo más *racional*, a condición de que admitamos que hay un Poder que está muy por encima de nuestra *razón*. ¿O no?

Subsidiariamente, esta tesis justifica las muy diferentes duraciones de los diversos ciclos civilizadores. Aparte la intensidad de cada proceso de descomposición — su velocidad de caída, pudiéramos decir —, el tiempo en que una civilización se mantiene pujante depende de que el malhadado abandono de la función cultural se produzca más pronto o más tarde. Unas frutas se conservan maduras más que otras. También, por tanto, ese hecho encaja en la nueva explicación.

Profeso, así, el que la decadencia de todas las civilizaciones se inició cuando el esplendor de aquéllas, cegando a los hombres que las forjaron, *les hizo desviarse de la ruta de la cultura* (concepto que aplicado a la situación actual del mundo ofrece una evidencia aterradora). Esto es: el hombre, envanecido por sus conquistas intelectuales y materiales, llega a desconocer su misión peculiar; y atento tan

sólo al desarrollo del brillante estado por él conseguido, descuida el propio perfeccionamiento, que es el fin que ha de cumplir. Si, como en otro lugar he dicho, la civilización puede ser una hermosa nave, pero su timón es la cultura, reasumiendo aquí la imagen, al llegar a ese punto la hermosa nave pierde el timón. Tal es el final del ciclo recorrido por la humanidad en todas las civilizaciones; ya que sin gobierno la nave, es imposible el evitar su naufragio.

El progreso en los diversos órdenes de la actividad humana ejerce sobre los individuos una especie de embriaguez; esto, en todas las manifestaciones del ingenio; lo mismo en las más elevadas que en las más groseras. Desde el sabio investigador ocupado en arrancar a la Naturaleza los secretos que puedan producir un beneficio a sus semejantes, hasta el torpe avaro que se afana en acumular riqueza improductiva, casi todos los hombres llegan a tener su ánimo embargado por preocupaciones extrínsecas (civilizadoras) hasta el punto de abandonar su mejoramiento interno (cultural).

Acaso nuestra civilización sea inferior a otras en algunos aspectos; pero en impulso creador y en dominio de los elementos materiales ninguna alcanzó tanta maestría. De medio siglo a esta parte, sobre todo, los avances en esa dirección se suceden con una rapidez vertiginosa.

Ese admirable progreso material de nuestra época ha cautivado la atención de los hombres en grado tal que su propio espiritual perfeccionamiento ha sido desdénado por completo. Y ahí radica el mal. Hemos atendido tanto a impulsar la civilización, que hemos olvidado la cultura; y esta culpa de lesa humanidad se paga muy cara. Así, al par de los adelantos científicos, de los alardes de la técnica, del desarrollo industrial y de todo lo ganado en un afán meramente utilitarista, en el orden espiritual observamos no ya un estancamiento sino una regresión. De ahí el desconcierto en que el mundo se halla sumido en la época presente y que ha sido diáfananamente expresado por S. S. Pablo VI al decir (discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, 29 septiembre 1963): "Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios, y, consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación."

Pensadores, hombres de letras, varones de formación científica, políticos y, en general, cuantos quedan comprendidos en el amplio calificativo de intelectuales, van aceptando la idea de lo que Paul Valéry llamó "la crisis del espíritu". Como alguien ha dicho, estamos asistiendo al retorno de los grandes ideales; y conseguir la aceleración de ese proceso es obra benemérita abierta a cuantos quieran contribuir a ella.

Pero hay que entender sin equívocos esta posición. El que, absorbida la totalidad de nuestras actividades por los afanes de la civilización, hayamos abandonado la labor cultural, es, a mi juicio, como queda dicho, la causa que, precisamente, amenaza a aquélla y que puede producir su ruina como produjo la de civilizaciones anteriores. Sin embargo de ello, esto no quiere, de ningún modo, significar que hayamos de decidir el abandono de las faenas civilizadoras o interrumpir de grado los maravillosos avances que, en muchos aspectos, la humanidad está logrando para mejorar sus condiciones de vida. Lo que precisa es ordenar todas esas

faenas y todos esos avances bajo una norma espiritual superior que encauce su curso hacia el único fin verdadero que hemos de cumplir.

Y es necesario conseguir la victoria en esa empresa desde un punto de vista social, tanto o más que por cada individuo en sí; pues, pese a todo lo que las civilizaciones han hecho por pulir al hombre a lo largo de sesenta siglos de historia, en el momento en que *baja la tensión de la cultura* resurge el "homo primigenius", aparecen los instintos del hombre-fiera, del hombre de la prehistoria, mostrando la razón que a Eugenio d'Ors asistía cuando llamaba a ésta "sub-historia", viéndola siempre latente, dispuesta a ocupar el primer plano al menor desfallecimiento en la labor cultural.

Estimo de urgencia desesperada, hoy día, el distinguir *la cultura de las civilizaciones*, y el proclamar la supremacía de aquélla sobre éstas; porque, como escribe Lord Bertrand Russell al final de su *History of Western Philosophy*: "La filosofía, a lo largo de la historia, ha constado de dos partes inarmónicamente mezcladas; por un lado, una teoría sobre la naturaleza del mundo; por otro, una doctrina ética o política sobre el mejor modo de vida. El fracaso en separarlas con claridad suficiente ha sido el origen de gran confusión de pensamientos". En efecto, el primer componente tiene carácter de conocimiento científico, incidente sobre la civilización; el segundo, de esencia moral orientadora, afecta a la cultura. ¿Aprenderemos a separarlos, al fin?

Tras una serie de problemas específicos que lo enmascaran —o, mejor dicho, que sólo son aspectos parciales suyos— este es el problema de fondo, el esencial, el decisivo; y los tratamientos particulares que aquéllos exigen habrán de ser aplicados a la luz del planteamiento general aquí expuesto. Hay que llegar a la médula del caso para orientar la actuación requerida.

Los convencidos de que ese el único remedio han de consagrarse a él por muchas probabilidades que vean de fracasar en la tarea, aunque sea necesario el cumplirla con el estado de ánimo de los tripulantes de un buque en peligro, que emprenden la maniobra adecuada para conducirlo a puerto aun temiendo que sus esfuerzos resulten inútiles. Porque la única posibilidad que para salvar la civilización se nos ofrece es fomentar de modo intenso la cultura. Sólo emprendiendo una decidida-cruzada cultural, sólo galvanizando esta insensible sociedad moderna con un vigoroso injerto de vida anímica, de inquietud trascendente, se podrá intentar la defensa de una civilización que parece vacía de contenido espiritual. Mas si incluso eso fuese ya inútil; si la hora del posible remedio hubiese sido rebasada; si, supuesto realizado el gran esfuerzo, la civilización actual, orgullo y deleite de nuestro siglo, continuase en funesta decadencia hasta su destrucción definitiva, como a otras sucedió, aún —y esta es *la gran decisión* que la humanidad precisa— aún habría que intentar el supremo empeño, aún quedaría por cumplir el más grave deber para con Dios y con los hombres futuros: *Salvar la cultura aunque perezca la civilización*.

La juventud actual —los hombre de mañana—, *esperanza del mundo*, debe ser la encargada de esta magna labor. Los viejos sólo podemos ya transmitirle nuestra dolorosa experiencia, ahorrándole, así, a búsqueda de la solución para que, sin pérdida de tiempo, la ponga en práctica... si aún es hora. Lo por venir estará en manos de la juventud, que tiene que prepararse a ordenarlo; la juventud de todo el mundo. Pero, dentro del mundo...

Spengler esperaba que el renuevo cultural que la humanidad con tanto apremio necesita fuese iniciado por los pueblos eslavos. Me hago la ilusión —¿será "wishful thinking"?— de que lo sea por los pueblos hispánicos. Como escribía, hace treinta y cinco años, Mario García Kohly, cubano y diplomático: "Una de esas grandes fuerzas que han de determinar el porvenir próximo del mundo es la del haz, la del núcleo de los países ibéricos. España, que tanto ha hecho en el mundo, que tanto ha influido en la Historia, tiene, en ese sentido, una labor inmensa que realizar todavía. [...] Veinte naciones y cien millones de almas pueden y deben hacer prevalecer ese ideal en la conciencia humana".

En determinados círculos se habla de la privilegiada situación de España (incluso, por desgracia, en el aspecto estratégico militar), punta avanzada de Europa en las rutas sobre el Atlántico, para las comunicaciones con América; así como paso obligado para el tránsito por tierra entre aquélla y Africa, en favor del cual llegó a estudiarse, hace años, un túnel bajo el estrecho de Gibraltar. Todavía más favorable es, a mi juicio, nuestra posición para iniciar el enlace del mundo que está muriendo con el que ha de nacer; para apuntar la fórmula de armonía entre la forzada esclavitud de los hombres sobre la Tierra y la gloriosa certeza del destino superior que les aguarda; para restablecer el equilibrio, roto de largo atrás, entre las necesidades materiales de la existencia física y las aspiraciones sublimes de la vida espiritual.

Mucho se nos ha reprochado el que quedásemos rezagados en el Renacimiento, en la Ilustración racionalista, en la expansión industrial y comercial... Es que esa serie de hechos no encajaba bien en lo que d'Ors llamaría nuestra "constante histórica". En cambio, los grandes riesgos —muralla ingente ante el peligro islámico, conquista para la fe de un mundo nuevo, campaña infatigable de la Contrarreforma— fueron nuestro patrimonio indiscutido. (Tal es, según pienso, el sentido del famoso "que inventen ellos" unamuniano, tan mal interpretado por muchos.) Un historiador ha dicho que cuando Roma se mueve el mundo se conmueve. Bien se puede afirmar, también, que cuando España se decide la Historia cambia.

En estos tiempos, el bien de la humanidad exige una decisión magnífica; y quiera Dios hacer que el primer impulso para adoptarla parta de un pueblo que ha permanecido callado mientras los temas del debate universal no respondían a sus más íntimos sentimientos. Hoy, cuando los supremos valores están en juego; hoy, cuando muchas mentes angustiadas buscan un asidero de esperanza, pueda nuevamente tener efectividad, aunque con otro sentido, el apóstrofe de Ferrari en los albores del Quinientos: ¡Españoles, vuestra hora ha llegado; no la desaprovechéis!